

drés de la Barca, donde se trasladó, teniendo muy pronto ocasión de mostrar sus aptitudes con la aparición de una epidemia de difteria, tan numerosa, que pocas familias quedaron inmunes de tan terrible mal.

Aquí es donde empezó á dar pruebas de su talento y perseverancia.

Con el alto concepto que de su misión tenía formado, sabía prescindir de las fatigas del cuerpo ante la satisfacción moral de prestar sus auxilios donde eran necesarios, y no dándose punto de reposo, é importándole poco la categoría del enfermo, auxiliaba con la misma solicitud al rico que al pobre.

En esta época tan atareada, con el incesante trabajo que le ocasionaba su numerosa visita, el Dr. Francás, robando al sueño horas de descanso, sabía encontrar tiempo para estudiar y enterarse del movimiento científico.

En los ocho años que estuvo ejerciendo en dicho pueblo, tuvo tal acierto en sus curaciones, dejó tan bien sentada su reputación como á médico práctico, supo de tal modo captarse las simpatías de todos sus vecinos, que aun ahora, al cabo de tantos años transcurridos, recuerdan sus hechos con entusiasmo, y amargamente lloran su falta.

Cansado ya de la vida de médico de aldea, con el traqueteo incesante del que tiene que pasar la mayor parte del tiempo montado en una mala cabalgadura, teniendo que sufrir las inclemencias del tiempo, y encontrándose reducido en un círculo pequeño á sus aspiraciones científicas, se trasladó á esta capital, donde por sus méritos, logró al poco tiempo crearse una escogida y numerosa clientela.

Con ser su carácter franco y sencillo, era admirable el ascendiente moral que sabía conquistarse para sus clientes, los cuales, llegaban á depositarle una confianza ilimitada.

Sus ratos ociosos, los dedicaba por completo á su familia, siendo un modelo de esposos y un padre ejemplar.

A pesar de su constancia en el estudio, y del asiduo trabajo á que con tanto entusiasmo se había dedicado durante toda su vida, no había podido crearse una posición capaz de asegurar el porvenir de su familia, debido á su carácter esencialmente filantrópico, llevado al extremo de repartir sus ahorros entre los clientes más necesitados; ¡cuántas veces al visitar á un enfermo, viendo la miseria de que estaba rodeado, en lugar de exigir el pago de la visita, le entregaba una cantidad con que poder cumplir sus prescripciones terapéuticas!

Si grandes eran sus cualidades morales hasta ahora expuestas, á todas superaba la modestia, condición que hoy día no abunda mucho, debido tal vez á que parece no es la más á propósito para medrar y conquistarse un nombre, y sin embargo, él supo captarse las simpatías, no sólo de sus clientes, sino de todos cuantos tuvimos el gusto de tratarle.